

Lu Min
Cena para seis

A.hache

Prólogo	7
I. Los cuadernos	11
II. La copa de licor	117
III. La influencia	187
IV. La moral	279
V. La casa de vidrio	365
VI. Camino de ida	483

Prólogo

Xiaolan, de treinta años, atraviesa el aire de la zona industrial retrocediendo catorce años en el recuerdo. La calle Shizijie,^[1] hoy completamente irreconocible, parece trazar una línea de tiempo cubierta con marcas de herrumbre. A cada paso que ella da, las horas crujen con esfuerzo marcha atrás, las hojas secas regresan a sus ramas, el asfalto se llena de lodo, y los surcos de lágrimas son de una nitidez labrada con cincel.

A ambos lados de la calle, los letreros, vidrieras y dueños de las tiendas, igual que su propia imagen reflejada en los vidrios a lo largo de la caminata, son ya muy distintos a los de entonces. Las tiendas se han modernizado y renovado, y ella se ve más gorda: un bebé de ocho meses en su vientre, que no tendrá padre al nacer. Pero nada de eso importa, a ella sólo le preocupa llegar al final de esa calle, donde seguramente Ding Chenggong la está esperando.

Desde luego no se trata de una cita. En catorce años nunca hubo ningún compromiso entre los dos, lo único

[1] Este es el nombre de la calle principal de la zona industrial, el lugar donde acontece la mayoría de las historias de los personajes. En inglés se traduciría como *Cross Street*, en chino es *Shizijie*, *jie* significa calle, *shizi*: cruz, cruce, intersección. En China prácticamente todas las ciudades, grandes o pequeñas, tienen una calle llamada Shizijie, caracterizada por ser céntrica y de importancia comercial. La zona industrial, si bien es pequeña y poco desarrollada, también se da el lujo de llamar a su calle principal con este nombre [Las notas son de la traductora].

que queda son sólo recuerdos acumulados, poco confiables, que, como uvas prematuras, agrias, duras, colman los árboles de esta calle... nunca un dulce sabor... ¡No! ¡Pronto ha de haberlo! Quizá precisamente hoy, en minutos apenas, allí, en la casa del vidrio de Ding Chenggong, surja entre ellos aquel dulce y anhelado racimo de uvas.

Ella sonríe suavemente mientras camina a través del aire de la zona industrial como si una nube la elevara, y a medida que se acerca a la casa de vidrio siente que su pesado cuerpo se alzaría en vuelo de felicidad. Realmente anda bastante ligera y ensimismada. Ni siquiera advierte que el aire que la rodea se encuentra un tanto enrarecido, el olor intenso y aromático de una inmensa olla de espesa sopa hirviendo a la que el Destino le hubiera añadido la última pizca de pimienta.

Después del accidente, los que estaban fuera en la calle Shizijie afirmaron con tono de juramento, haciéndoseles agua la boca, que habían percibido ese extraño aroma. En aquel momento, todos sintieron un cosquilleo en la nariz, dejaron de hacer lo que estaban haciendo, o de decir lo que estaban diciendo, y levantaron uno tras otro la cabeza hacia un cielo ennegrecido por las continuas demoliciones, aguzando ávidamente el olfato, y desatando una sucesión de estornudos. Terminado el coro empezaron a debatir acaloradamente y a viva voz, cada cual bregando por ser el primero en adivinar y distinguir qué era ese olor, trazando analogías con sus experiencias de vida o basándose en su propia imaginación. Un tipo dedicado a la venta de pinturas falsificadas lo comparó refinadamente con el olor a

propileno desprendido por las obras de arte a medio terminar; un gordinflón revendedor de motos (la mayoría de procedencia desconocida), masajeándose la barriga, opinaba fantásticamente que se trataba de una mezcla de gasóleo A con pesticida y colonia refrescante Liushen; un vagabundo que hacía ya bastante tiempo deambulaba por la calle Shizijie y que por las noches ocupaba de manera ilegal el cajero automático del Banco Agrícola de China, reveló con picardía: “¡No hay dudas! Se está bañando una mujer de pechos gigantes y cara de diosa, y este olor que apesta a leche es del agua que le salpica del cuerpo”.

Sólo Xiaolan va sin sentir nada. Su estado de ánimo es más complejo que el olor del aire. Sus prolongados suspiros y anhelos la han envuelto y abrumado.

Una chalina de seda natural nueva, pero de estampado anticuado, cubre su cuello. Hasta este paño de seda arrugado parece presentir el peligro que se avecina, y se retuerce intranquilo en su cuello, siseándole como una serpiente un mensaje de alerta; pero ella con su voluminosa panza sigue caminando a través de ese aire revuelto, sobre esa línea de tiempo, llena de esperanzas de estirar sus brazos hacia aquel racimo de uvas.

Hasta este momento ella todavía no sabe que la verdad de la vida a menudo es así: “Cuando bebes con sed, el agua se seca; cuando estiras la mano, el fruto desaparece”.

El tiempo está en el aire, fluyendo en dos direcciones. Por un lado, discurre lento, titubeante y algo temeroso hacia

las dos y cuarenta y dos minutos de la tarde del 13 de abril de 2006; por el otro, en cambio, se dirige vertiginosamente catorce años atrás, como una sombra de árbol que retrocede a toda prisa, precipitándose hacia el instante en que todo comenzó entre ella y Ding Chenggong, y los demás.

I. Los cuadernos

1

No hay nada mejor que comenzar esta historia hablando del aire de la zona industrial. Este aire era el fermento de las emociones, la sustancia que sazonaba y preservaba el pasado.

La zona industrial estaba ubicada en un suburbio al norte del norte de la ciudad, se podría decir que era un enclave desechado bien a lo lejos. La característica más evidente de su aire no era estar vacío, sino por el contrario lleno, concentrado. Era un aire envolvente que con fervor lo capturaba todo, que tapaba las fosas nasales, la garganta y los pulmones. A veces venía cargado de olor a ácido sulfhídrico, como si se hubieran lanzado al aire un montón de huevos podridos; a veces tenía un amigable aroma dulzón a óxido; otras, un hedor fétido a nitrógeno semejante a pescado podrido; pero su olor más desagradable era el del alquitrán, olor fuerte, que reseca y comprime la garganta, como si un chico travieso te acogotara fuertemente desde atrás. Según la dirección del viento y la fábrica que sobrevolara, el olor del aire de la mañana y el de la tarde podían ser muy distintos, o hasta podía darse una mezcla de varios olores producto de combinaciones al azar.

Si el viento llegaba a soplar un poco más fuerte, esta fértil y voluminosa corriente de aire era capaz de entregarse desnuda y sin reservas al centro de la ciudad. ¡Qué

recorrido más largo, arduo y pasional! Lástima que la gente de la ciudad no comprendiera este tipo de seducción. Incluso cuando los de la ciudad se veían obligados por razones de trabajo a adentrarse en las vastas entrañas del recinto fabril, también se sentían profundamente ofendidos con esta brisa llena de ternura. Maldecían para sus adentros con encono y hacían lo posible por contener la respiración, deseando poder salir de ahí lo más pronto posible; a su vez, quizá apenados, contemplaban a los niños jugando en las calles polvorientas y miraban las hileras de puestos de comida con frituras y panecillos al vapor expuestos al aire, pensando “qué vida de ganado”.

Al llegar el auto que los llevaría de regreso a la ciudad, se subían apresurados, dejando entrever por las ventanillas sus caras ceñudas y transfiguradas por el desagrado. La gente de la fábrica observaba en silencio la partida de sus visitantes, pero no se sentía mal, al contrario: surgía en ellos una especie de satisfacción, la de quienes aprecian lo que tienen, aunque no esté en las mejores condiciones: mal que bien, el aire de la zona industrial semejaba a los propios padres, ya que no se podía ni eludir ni odiar; entonces mejor seguir adelante así, sin prestar demasiada atención.

El adolescente Xiaobai, en cambio, no podía hacer nada sin prestar demasiada atención, quizá porque era muy gordo.

La gordura de Xiaobai era famosa en la zona industrial, y había tenido mucho peso en su vida. Varios años después, viviendo en aquel clima húmedo casi tropical del sur, llegó a convertirse en un joven alto y delgado, pero cada vez que se

afeitaba o lavaba la cara frente al espejo, así vistiera ese conjunto de camiseta negra y chaqueta que tan bien le sentaba, siempre veía reflejada la imagen del niño que había sido.

Triple papada, cuello imperceptible, ojos rasgados por la presión de la grasa, piernas tan gordas que al caminar se rechazaban entre sí sin más remedio que abrirse a los lados, y una panza rebosante de alegría en toda su redondez. Nunca hubo un uniforme escolar que le quedara a medida, ni siquiera le era posible atarse a su muñeca la malla más larga de un reloj para adultos. La profesora de Educación Física lo obligaba a ausentarse de todas las competencias de gimnasia aeróbica. Tampoco había compañero de clase dispuesto a caminar a su lado y aguantar las miradas burlonas de los demás.

Quizá fuera el destino de Xiaobai que semejante cuerpo gordo y carnoso típico de personaje de teatro vulgar le fuera asignado despiadadamente a ese corazón suyo, sensible y precoz, de pensamientos agudos y rebuscados, típico de personaje de película independiente de bajo presupuesto. Pero en el mundo no hay personalidad ni contextura física que no tenga una razón de ser; por eso, mejor remontarnos un poco más en el tiempo, al día en que murió su padre tres años atrás. En el camino de la vida, el Destino con sus guantes blancos hace señales sin orden ni concierto, y la muerte de su padre fue una pequeña indicación vial que debió ser obedecida.^[2] A partir de ese punto de inflexión, la vida de Xiaobai tomó un nuevo rumbo. Por entonces él tenía ocho años y su hermana Xiaolan doce.

[2] En china los agentes de tránsito usan guantes blancos.

No entraremos ahora en detalles sobre el padre de Xiaobai y Xiaolan. A fin de cuentas, su partida pronto convirtió a Xiaobai en el pobrecito del barrio. Los que estaban al corriente de la situación se ocuparon de poner al tanto a los que no, entre sollozos y lamentos. Y es que, claro, las buenas intenciones de la gente son como las heces y las flemas, también necesitan eliminarse regularmente. En esencia, compasión, nobleza, benevolencia, son especies de placeres físicos que promueven el apetito, eliminan toxinas y embellecen a las personas, más aún en una zona industrial como esta donde se tenía una conciencia de comunidad. Los que vivían en esta zona, se conocieran o no, o siquiera se hubiesen visto nunca, eran parte de la familia y por ende podían insultarse con pasión, husmear sobre la infertilidad de las cuñadas, o burlarse en público de los respectivos defectos físicos. Podría decirse, sin duda, que esta grosera costumbre de la zona se complementaba y reforzaba con la fértil y voluminosa masa de aire que la rodeaba.

Y ya que todos sentían la misma necesidad de demostrar compasión, ¿cómo no se iba a convertir Xiaobai en el pobrecito de la zona? Las mujeres eran muy cariñosas con él: tan pronto lo veían, estiraban los brazos al mismo tiempo, peleando por ser la primera en apropiarse de su más conveniente relieve. Acariciaban su cabeza, sus orejas, sus finos brazos, su espalda, y así seguían más abajo, tocaban sus nalgas, sus gruesas pantorrillas, deseando con ansias poder sacarle los zapatos y mordisquearle los dedos de los pies.

—¡Dios mío, pobrecito! ¡Quedarse sin padre a esa edad! Miren, ¡tan tierno y pequeñito!

Mientras se compadecían de él, las mujeres lo acariaban a gusto sin dejarlo ir. Por entonces Xiaobai, apenas gordo, estaba dotado de la mejor textura y apariencia, su piel era de un tono rosa melocotón, sus mejillas tenían unos incipientes hoyuelitos, su panza blandita era para comérsela, y su colita era un deleite. En su papel de viuda reciente, la madre de Xiaobai, la señora Su Qin, necesariamente debía mostrarse débil y torpe, por lo que se quedaba de pie a un lado con la mirada perdida, restregándose las manos, esperando con inquietud poder escapar de esas exuberantes muestras de atención y caridad.

Las manos maduras y sin control de las mujeres dejaron a lo largo del cuerpo de Xiaobai recuerdos persistentes. Desplegaron sus irregulares tentáculos de pulpo en lo profundo de su cerebro, imposibles de remover de tan pegajosos. Ese malestar, que lo acompañó en la infancia, fue un moho silencioso que se expandió durante toda su adolescencia, y también subió con él al tren nocturno acompañándolo hasta cierta ciudad del sur, donde se convirtió en una recurrente pesadilla matutina... Así tomó forma en Xiaobai una leve enemistad de por vida hacia ese grupo humano: las mujeres.

–Oh, it's the point! –gritaban los psicoanalistas del sur al despertar de su adormecimiento cada vez que Xiaobai recordaba afligido este detalle. Con un destello de energía soltaban unas imprecisas frases en inglés, y aliviados anotaban en sus cuadernos unos caracteres ilegibles, que destacaban con varios círculos, acaso para justificar el costo nada económico de sus terapias.

Las muestras de compasión de esas mujeres hicieron que el pequeño Xiaobai, de ocho años, adquiriera el hábito

de inclinar la cabeza. Uno de sus movimientos más diestros era justamente dejarla caer hacia adelante como una calabaza madura. Muchos años después, en el sur, cuando el viejo Shan vio a Xiaobai por primera vez entre la multitud, fue esa expresión de abatimiento la que lo sedujo y provocó aquel maravilloso malentendido.

Pero, a decir verdad, ninguna de estas fueron las causas decisivas que moldearon la personalidad de Xiaobai. Lo que alimentó su carácter fue ni más ni menos que ese aire único mencionado a comienzos de este capítulo.

Piensen en esta escena: salida de clases; un niño gordo con una mochila golpeándole el trasero, caminando sin compañía rumbo a un hogar desolado e imperfecto. Sin un padre. Con una madre de ánimo impredecible. Con una hermana siempre absorta en sus estudios. Camino a casa, Xiaobai giraba su imperceptible cuello corto, mirando asustado en todas direcciones, con la sensación de discapacidad de quien le falta un brazo o una pierna. Agudizando la vista sólo divisaba a lo lejos unas chimeneas que despedían negras volutas de humo, un manto de chapas oxidadas y una nebulosa subestación eléctrica parecida a un gigante. Un poco más cerca, un feo camión de carga pesada largo y alto, detenido altanaramente en la carretera, despedía tan fuerte olor a gasóleo que parecía a punto de prenderse fuego. Xiaobai estaba solo como perro abandonado, era un completo huérfano. Habiendo tantas familias en el mundo, ¿por qué él no tenía una?

Seguía mirando ansioso alrededor, deseando que en ese espantoso horizonte apareciera de pronto alguien en quien apoyarse, alguien con fuerza, que viniera especialmente a protegerlo... Pero después de tanta espera lo único que le

llegaba era ese aire loco y revoltoso que lo envolvía alegremente, lo amenazaba, y que, valiéndose de los cambios de dirección del viento, rodaba jugando con su solitaria sombra. En medio de su aflicción, Xiaobai decidió inocentemente tomar a ese aire como su compañero y protector, y prometió escribir en detalle en su cuaderno de ejercicios sobre el tipo de aire con que se encontraba cada día.

Viernes 31 de mayo de 1991

Mi hermana nunca me presta atención, para ella yo no existo. Le perdí a propósito su libro de ejercicios, y se enojó muchísimo. No me quiere para nada. Yo sólo lo hice para llamar su atención. La próxima no la voy a molestar más, que se muera leyendo sus libros.

Hoy el aire estuvo excelente, el olor era muy rico, parecía salido de una olla muy muy grande en la que se hierven botas de goma y palanganas de plástico, y después se la revuelve y se le añade azúcar, quizá también un poco de vinagre... y olía también a brea espesa, y a miel goteando en el aire, igual que la leche de mamá. Ah, no, no me acuerdo para nada cómo era la leche de mamá.

Miércoles 11 de septiembre de 1991

Mamá es una tremenda tacaña, nunca compra camarones, algunas veces compra pescado, siempre los mismos pescaditos baratos a punto de pudrirse. La comida que hace es horrible: o se olvida de ponerle sal o le sale toda quemada.

El aire también huele a pescado, a camarones muertos, a calamares muertos, a ballenas muertas, a peces espada muertos, a cachalotes muertos (vi la foto de los cachalotes en la enciclopedia de mi hermana, son horribles...) todos están completamente muertos, cada uno despidiendo un olor a cadáver distinto. Nuestra zona industrial parece hundida en el fondo del océano Pacífico. La profesora nos dijo que el océano Pacífico es el más grande del mundo.

De modo que yo me paseo de un lado a otro por el océano más grande del mundo, rodeado de peces muertos.

Jueves 12 de marzo de 1992

Hoy la profesora nos llevó a plantar árboles; como tengo mucha fuerza, ayudé a las chicas de la clase a cavar pozos y trasplantarlos. Así y todo, nadie me prestó atención. Ellas nunca me prestan atención. Después de clase volví a escondidas al mismo lugar y arranqué todos los árboles. Se me lastimaron las manos, pero me sentí mucho mejor.

El aire hoy estaba jugoso, tan jugoso que hasta podría regar los árboles, parecía la pulpa de soja de la semana pasada. La pulpa de soja podrida parece un trapo mojado que tapa la nariz de la zona industrial y la mía...

Cuando salí de la escuela el viento cambió de dirección y el aire olía a la fábrica de válvulas electrónicas de al lado. Me gusta ese olor, se parece al de la chapa caliente del televisor. Ese aire me calienta como si alguien

me agarrase el pito. Siempre que sopla el viento desde esa dirección tengo esa sensación.

El maravilloso aire de la zona industrial, de ola en ola, hacía palpar el corazón del pequeño Xiaobai, y lo condujo directamente a elaborar años más tarde esa pequeña artimaña cuya motivación fue tenue pero cuyo efecto no fue inferior al de una radiación nuclear.

En 2004, Xiaobai, de veinticuatro años, regresó desde el sur a aquella zona industrial que había dejado hacía ya diez años. Cuando el tren estaba a punto de arribar, abrió la ventana para inhalar una gran bocanada de aire. Al respirar otra vez el aire de su tierra natal sus ojos se llenaron de lágrimas de nostalgia y volvieron a su memoria, sin olvidar detalles, todos esos fragmentos empapados de soledad que había escrito de niño en su cuaderno de ejercicios.

A su lado, una niña sorprendida le dio unas palmaditas. Sonándose la nariz enrojecida, él balbuceó unas palabras, como si quisiera explicarse:

- Más o menos a tu edad, hice algo que no debía.
- ¿Lloras porque se han enojado contigo?
- No... lloro porque hasta hoy ellos no lo saben.

2

Los diarios íntimos de Xiaobai eran unos cuadernos de ejercicios de matemáticas de tapas rosadas y hojas con rayas horizontales verdes. Se los había regalado una vecina profesora. De una vez ella le obsequió una pila de al menos veinte a treinta cuadernos, que por estar guardados tanto tiempo ya habían perdido el color, estaban blandos y al escribir en ellos se corría la tinta.

Desde que su padre falleciera, los vecinos a menudo le obsequiaban con bastante formalidad este tipo de cosas que se veían aceptables, pero que en realidad no eran nada útiles. Su madre recibió los cuadernos y dijo unas palabras de agradecimiento. Pero cuando la vecina se fue, se los tiró impaciente a Xiaobai: “Toma, úsalos como borrador, si no te sirven tíralos”. La expresión de su madre era fría, como si la vecina la hubiera ofendido, pero, al menos por esta última vez, hizo lo posible por contenerse. Después de la muerte de su marido, ella se había convertido en la “mujer distinta” de la zona industrial. Los hombres la saludaban escuetamente, las mujeres en cambio le dirigían saludos interminables; le resultaba casi imposible entablar relaciones normales.

Xiaobai no los tiró. Esos cuadernos blandos que nadie quería le recordaban a sí mismo. Así fue como decidió usarlos como diario íntimo.

Muchos años después, al regresar del sur, Xiaobai mantuvo hasta altas horas de la madrugada una larga conversación con su hermana que estaba embarazada y atravesando una separación. Esa noche, Xiaobai le contó la historia entre él y el viejo Shan y sacó de una bolsa sus cuadernos, esos cuadernos de ejercicios que siempre habían estado junto a él. Era la primera vez que se los mostraba a otra persona.

Xiaolan, con la cintura dolorida, los recibió desconcertada. Después de tanto tiempo, los cuadernos se veían estropeados y la tinta gastada, por lo que le costó trabajo reconocer las palabras. Leyó las anotaciones un tanto melodramáticas que Xiaobai hacía del aire de la zona industrial. Había descripciones perversas, cargadas de insultos o ironías; las había también más tiernas, colmadas de metáforas encantadoras, y había también personificaciones: por doquier podían leerse exagerados enfrentamientos entre él y el aire. Tratando de contener la angustia, Xiaolan dijo bromeando: “Si hubieses seguido escribiendo sobre el aire te habrías vuelto loco, ¿verdad?”

Por suerte, páginas más adelante, es decir un par de meses después, aparecía un reemplazante del aire. El verdadero protagonista de la historia por fin salía a escena:

Aquel lugar

Al leer estas dos palabras, Xiaolan no pudo soportarlo más y se largó a llorar. Finalmente dejaba caer las lágrimas que había escondido estrictamente durante todos esos años, y que de tanto retener ya casi se habían convertido en piedras. Lloró con tanta fuerza que hasta el bebé en su vientre comenzó a moverse.